

May 2001

Número 14: Cuarto Domingo de Pascua - Séptimo Domingo de Pascua

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2001) "Número 14: Cuarto Domingo de Pascua - Séptimo Domingo de Pascua," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2001 : No. 14 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2001/iss14/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 14 – ISEDET

06.05.2001 – Cuarto Domingo de Pascua – Néstor Míguez

Hechos 9:36-43; Salmo 23; Apocalipsis 7:9-17; **Juan 10,22-30**

Análisis

El texto de hoy da continuidad al tema del Buen Pastor (Jn 10:11) que domina en este capítulo. Pero a la vez hay un corte escénico, ya que la perícopa comienza indicando ocasión y lugar (v. 22). Esta será la última oportunidad en el Ev. de Juan en que Jesús visita el templo, ya que la expulsión de mercaderes en este evangelio se da al comienzo del ministerio (Jn 2:12 ss.). La fiesta celebrada, de Dedicación (Hanukkah), tiene su origen en tiempo de los Macabeos, en recordación de la purificación del Templo tras su recuperación después de la profanación realizada por Antíoco Epífanes (165 a.C.). Incluso el detalle “era invierno” resulta superfluo, pues la fiesta era fija y siempre se realizaba a comienzos de diciembre (invierno en el hemisferio norte). Seguramente más que el clima meteorológico quiere señalar el clima teológico. Jesús se encuentra en un ambiente frío y hostil, como lo demostrará el fin del capítulo. El templo ya no abriga la presencia de Dios. Ahora, como se verá, es Jesús el que presenta al Padre, no ya el Templo.

La escena pone a los dirigentes del Templo en torno de Jesús (judíos, aquí, debe interpretarse en términos de los gobernantes religiosos de Judea). A diferencia de otras circunstancias, no lo rodea la multitud sino un grupo de dirigentes escogidos que quiere forzarlo a una declaración abierta. La expresión de la pregunta, en griego, es muy fuerte. Literalmente, ¿hasta cuando nuestra vida tomarás (o, levantarás en el aire)? ¡Si eres el Mesías, dilo libremente! (v. 24)). En realidad, lo que quieren es la vida de Jesús. El juego de palabras es interesante, por que luego Jesús será levantado para quitarle la vida, pero en ello dará vida. Las mismas palabras han sido usadas en unos versos anteriores, Jn 10:17-18. Allí Jesús expresa que el Padre le ama porque pone su vida. Nadie se la toma (levanta) sino que él la pone.

El mismo pedido, aunque expresado menos dramáticamente, le han hecho los judíos a Juan el Bautista (Jn 1:19-28) y al mismo Jesús (8:25). Pero esas respuestas no les alcanzan para su acusación. Ellos quieren una declaración explícita autoincriminatoria. Pero Jesús los remite a su propio juicio. Ellos quieren una afirmación válida legalmente, lo que Jesús les da es una respuesta que debe brotar de un acto de confianza, de la fe “Ya les dije, pero no me creen” (v. 25). Esa respuesta está en la vida misma de Jesús (para Juan, “las obras” de Jesús no son sólo las señales, sino su misma presencia en el mundo). Ellos son los que deben responder ante la evidencia de su vida, y no él ante el requerimiento formal de los dueños del Templo. Hay una clara contraposición entre dos “teologías”.

Aquí aparece entonces nuevamente la imagen del pastor y el rebaño. Los que plantean la pregunta, por su misma pregunta, demuestran que no constituyen el rebaño del pastor. Su vida depende de una respuesta formal de la Ley y no de su relación de confianza con el Hijo. Porque no pueden reconocerlo. Los/las que oyen su voz y le reconocen forman el pueblo de la fe (Jn 10:4, pero también, Jn 20:14-16). Para ellos y ellas hay una vida eterna porque ya han reconocido quien

es el Mesías (v. 27). La pregunta de “hasta cuándo tomarás nuestra vida...” tiene respuesta. Han descubierto a Jesús como el Mesías Hijo de Dios (cf. Jn 20:30-31), no por una declaración jurídicamente válida, sino desde la confianza. Y entonces su vida queda prendida de la de Jesús por la eternidad (v. 28). Esto es posible porque ahora la gloria de Dios está en Jesús. No ya en el Templo, donde a pesar de las fiestas sigue siendo invierno, sino en la mano bondadosa de Dios. el que ha creado la vida, y que ahora está mostrando su presencia en el Hijo. Nadie creado que permanezca en esta relación podrá ser arrebatado, quitado de la mano de Dios.

Comentario homilético

Este es un buen texto para confrontar la religiosidad formal, la que depende de declaraciones, leyes y doctrinas, por un lado, frente a la experiencia de la fe como relación de confianza en Dios. Diferenciar entre el “invierno” de festividades de pureza, y el abrigo de vivir en un rebaño guiado por Jesús. Esta vida plena y eterna es posible por la capacidad de ver en la vida de Jesús, sus obras, la presencia del Dios eterno que tiene nuestra vida en sus manos, que la tiene para cuidarla y preservarla, sostenerla eternamente.

Formar parte de un rebaño es ser consciente, también, de los otros que viven de esta misma experiencia, que se nutren de la misma fe. Otros que, a su manera, también oyen sus nombres en la voz del Pastor y le siguen. Pero también reconocer que hay quienes no pueden integrarse al rebaño porque el modo de vida de Jesús les resulta indescifrable. Por que sus obras, que miran al ciego, al desvalido, al pobre y al doliente, no les revelan el amor de Dios. Son los que permanecen ciegos al don de la fe (Jn 9:40-41).

El mensaje de fondo es la presencia de Dios en la vida de Cristo como presencia de Dios en nuestra vida. El Templo, sus fiestas y formalidades, han quedado en la historia como una expresión insuficiente del amor de Dios. Ahora ese amor se hace presente en forma personal, en Jesús, y con él a todos y todas las que ponen sus manos en la misma obra. Por que es la obra de las manos de Dios.

Sugerimos como canciones que pueden acompañar esta lectura:

“Dios entre tus manos”

“La mano de Dios”

“En tus manos, Señor”

Se pueden encontrar en el programa litúrgico *Selah*.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 14 – ISEDET

13.05.2001 – Quinto Domingo de Pascua – Pablo Andiñach

Hechos 11:1-18; Salmo 148; Apocalipsis 21:1-6; **Juan 13:31-35**

Ofrecemos una reflexión en tres partes que pueden utilizarse para estructurar una predicación sobre este pasaje. Primero hablamos del contexto literario, los temas presentes. Luego vamos a las dos novedades: la muerte y el amor en la comunidad de la iglesia. Ayer y hoy este texto revela y esconde mucho. Solo una lectura extensiva – que llegue hasta la muerte y resurrección – nos permitirá acercarnos a una comprensión más profunda.

Traición y confusión

Este pasaje del evangelio se enmarca en un contexto signado por la traición a Jesús. Todo el pasaje previo (vs. 21-30) explicita esa situación y la revelación clara de que Judas, uno de sus discípulos, será el responsable de tal hecho. También el pasaje siguiente (vs. 36-38) contiene el anuncio de la traición de Pedro, en general suavizada en la tradición con la expresión “negación de Pedro”. Pero para la situación de Jesús viene a ser lo mismo: de sus mismos discípulos – y no de sus enemigos – vendrá la entrega a las autoridades.

A la vez este texto nos presenta a discípulos presos de una gran confusión. Los vs. 28-29 manifiestan tal hecho. ¿Será que la realidad era tan atroz que no atinaban a creerla? ¿O que su confianza interna les impedía ver lo evidente, al menos luego de las propias palabras de Jesús (v. 21)? Lo que sí la narración nos muestra es que los discípulos no entendían lo que estaba pasando en su totalidad. Quizá si lo hubieran hecho algunos de ellos habrían intentado detener a Judas, o se hubieran enojado con Pedro. Pero la escena parece mostrar a unos discípulos inconscientes de lo que iba a suceder en los próximos momentos.

Es necesario agregar que las palabras de Jesús en este pasaje agregan una cuota de enigma a lo que está sucediendo. La frase “donde yo voy ustedes no podrán ir” no ayuda a entender lo que estaba sucediendo. Para los actores presenciales debe haber sido difícil imaginar un lugar inaccesible para ellos en una ciudad tan pequeña y en un contexto tan abierto como el de aquellos días donde todo sucedía siempre cerca. ¿De qué estaba hablándoles? A esto se suma que Jesús solía utilizar metáforas e imágenes al hablarles y quizá en esta oportunidad estaba aludiendo nuevamente a hechos sin concreción material. ¿Acaso “nacer de nuevo” no aludía a algo interior y no a volver al vientre de la madre? ¿O “el que bebiere del agua que yo le daré no tendrá sed jamás” no refería a otra realidad y no al líquido que necesitamos para saciar la sed cotidiana? Quizás ahora era menester entender sus palabras sobre la traición y sobre un lugar exclusivo e inaccesible para ellos como otra de sus metáforas, las que rara vez se entendían de entrada sino que siempre los dejaba con algún hueco para develar luego de pensarlas y masticarlas lentamente.

Algo nuevo

Pero en esta oportunidad habían algo de definitivo en sus palabras. Dar gloria al Hijo y al Padre aparecen vinculados cada vez con más nitidez a un camino que comienza con sufrimiento y muerte y que –aunque no podían saberlo- culminaría con el triunfo de la vida sobre ellos. Si hasta ese momento habían intuido que Jesús había de morir, en todo caso lo sería por sus ataques a las autoridades religiosas y políticas. Lo nuevo es que esa muerte se va revelando poco a poco como un acto de redención y una invitación a la fe y a la renovación de la vida. La muerte y la resurrección –a la que alude al decir que “...Dios le glorificará a sí mismo...” aunque no le entendían en ese momento- son una novedad que se va perfilando de a poco.

No deberíamos sentirnos mal porque no entendamos de forma definitiva las palabras de Jesús en esa oportunidad. Es probable que él considerara que eso era suficiente para sus discípulos y también para nosotros. Lo importante es entender el grado extremo de la traición y el grado extremo del amor en respuesta. Cualquier otro líder hubiera maldecido a sus amigos que lo abandonan. Cualquier otro hubiera buscado vengar la traición. Jesús tan solo les anuncia que los hechos que se aproximan son solo para él y que ellos no podrán participar de ellos.

Un mandamiento nuevo

No lo parece pero es un mandamiento nuevo. Luego va a insistir en él (15:12.17). Se presenta como una variante de aquel otro del Antiguo Testamento “ama a tu prójimo como a ti mismo” (Lev 19:18) exaltado como uno de los dos grandes mandamientos en Lucas 22:39 y Mc 12:31. También es distinto de aquel que llama a amar a los enemigos (Lc 6:35).

Lo que caracteriza este mandamiento son tres cosas:

- a. La reciprocidad del amor. El acto de amar en este caso no es una acción dirigida a otro sino que tiene que ver con una situación de amor en medio de una comunidad de fieles. Podemos decir que en este caso se refiere específicamente a lo que luego sería la iglesia. No es posible eludir la sensación de que esta invitación al amor mutuo funciona como antídoto a la desazón –y a la falta de claridad- reinante entre ellos. Cuando no entendemos del todo lo Dios está haciendo y por qué lo está haciendo, el amor en la iglesia debe ayudarnos a llevar adelante el tiempo de espera hasta poder ver el plan final de Dios.
- b. Este amor es reflejo del de Jesús mismo. No es el amor que nos surge porque tratamos de ser gentiles con quienes nos rodean. Es el amor fruto de experimentar lo que Dios ha hecho a través de Cristo en nuestra vida y nuestra iglesia. ¿Ha hecho algo? ¿Se lo hemos permitido? Solo sabiendo de la acción de Dios y reconociéndolo como fuente de toda bondad estaremos capacitados para intentar ejercitar este mandamiento.

Es así que esto nos remite a observar la comunidad de la que formamos parte. Qué necesidades hay en ella, como reaccionamos ante los conflictos, cual es nuestra actitud hacia quienes están fuera de ella. Estas y otras preguntas son cruciales para poder responder a este pedido de Jesús. De más está decir que el amor *en* la comunidad debe ser también el amor *de* la comunidad hacia fuera de ella, al mundo que la rodea.

- c. El tercer elemento en juego es que este amor cobra valor de testimonio ante el mundo. El ser discípulo se hará evidente por el amor que comparten en la comunidad de la iglesia. No los conocerán por otra cosa que no sea por el amor compartido.

Vivimos un mundo donde el amor con estas características no abunda. A pesar de que hay iglesias en casi todos los barrios y ciudades, todavía no hemos respondido con eficacia a esta afirmación de Jesús. Por un lado se da él en toda su plenitud, en su vida. Por otro nos pide que testifiquemos de su entrega a través del amor mutuo y su reflejo hacia el mundo. Quizá en este tiempo tengamos una nueva oportunidad para mostrar como Dios puede capacitar a hombres y mujeres frágiles para la delicada tarea de construir una comunidad de amor, sensible a las necesidades del prójimo.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 14 – ISEDET**20.05.2001 – Sexto Domingo de Pascua – Mercedes García Bachmann**Hechos 16: 9-15, Salmo 67, Apocalipsis 21:10-22, 22:5; **Juan 14:23-29****Repaso exegético**

La perícopa que nos corresponde es parte del discurso de Jesús llamado “de despedida” (14:1-31). Los comentarios dividen distinto el discurso y ninguno de los consultados toma los vv. 23-29 como una unidad (por ej., Schnackenburg, 18-24, 25-31; Léon-Dufour, 12-26, 27-31; Haenchen toma todo el capítulo sin secciones; la *Biblia de Jerusalén* da el título de “Las despedidas” a 13:31-14:31). Buscando las oposiciones en el texto, Segovia (p. 140-141, véase nota al final) nota una *inclusio* o inclusión, mediante referencia al Paráclito (vv. 15-16, 25-26), proponiendo 15-26 como una unidad, con correspondencia entre los siguientes elementos:

A. Secuencia I	14:15	Amor a Jesús
	14:16-17a	Recompensa
	14:17b-c	Oposición entre <i>ho kosmos</i> y <i>humeis</i>
B. Secuencia II	14:18-20	Oposición entre <i>ho kosmos</i> y <i>humeis</i>
	14:21a	Amor a Jesús
	14:21b	Recompensa
C. Secuencia III	14:22	Oposición entre <i>ho kosmos</i> y <i>humeis</i>
antítesis →	14:23a	Amor a Jesús
	14:23b	Recompensa
→	14:24a	No amor a Jesús
	14:24b	Recompensa

En este cuadro se pueden apreciar tres secuencias, cada una girando alrededor de una oposición básica: reconocer a Jesús (= amarlo = guardar sus mandamientos o su palabra) o no reconocerlo. La equiparación entre los temas /guardar los mandamientos de Jesús/ (que son los del Padre) y /guardar su palabra/ está justificada en Jn 14:15 –que sirve de estribillo– y 14:21, 23, 24 (Léon-Dufour, p. 94).

En cada secuencia hay una recompensa para quienes lo reconocen, a las que se agrega en la secuencia III una recompensa (en negativo) para quienes no lo reconocen. Esta oposición /reconocer = amar/ contra /no reconocer = no amar/ está también presentada en términos de la oposición /ustedes/ contra /mundo/: si el mundo no reconoce a Jesús ni a Dios, no puede obedecer sus mandamientos/Palabra, y por ende, no puede acceder a la recompensa. De hecho (v. 19), el mundo ni siquiera podrá reconocer a Jesús cuando éste ya no esté presente, mientras que quienes creen/obedecen/permanecen en su amor, sí podrán.

En cuanto a los restantes versículos de nuestra perícopa, 27-29 (también se podrían incluir 30-31a y terminar el discurso), éstos retoman el principio, la pronta partida de Jesús, el mundo que lo rechaza y la donación de la paz (¿distinto o igual al Espíritu?) para que la comunidad sepa que no quedó sola.

Breve reflexión teológica

El cuadro reproducido arriba permite superar la impresión de que Jn “siempre dice lo mismo”. En efecto, usa los mismos temas y a menudo el mismo vocabulario, pero dándole cada vez un acento particular. ¿Podríamos decir que le da otra “vuelta de tuerca” a la teología! ¿Cuáles serían esos temas tan importantes para Juan y para su comunidad?

Primero, el tema de la relación entre la revelación o entendimiento obtenido gracias al Espíritu y la ascensión/salida de Jesús. En este sentido, es pertinente la pregunta sobre la relación entre Jesús y el Espíritu.

¿Cuál es la diferencia de énfasis entre las tres secuencias? ¿Qué las hace necesarias? Propongo que nos concentremos en las recompensas que Jesús promete.

Secuencia I. En 14:15, la promesa del *parákletos*, participio pasivo de *parakaléo*, “uno llamado para que esté al lado, para que asista”, de ahí “valedor” (Mateos-Barreto), está ligada a la ausencia física de Jesús que muy pronto sucederá. Ese valedor será el Espíritu de la verdad o de la lealtad (*to pneuma tes aletheias*), a quien reconocerán y quien permanecerá siempre con la comunidad. El Espíritu lo enviará el Padre a pedido de Jesús (v. 16).

La presencia de Dios en medio de su pueblo no es novedad cristiana; la encontramos en el AT, desde un viento o espíritu moviéndose sobre el caos creacional (Gen 1:2), hasta los profetas (por ej., Joel 3:1 o Ageo 2:4-5).

Secuencia II. En 14:21b, la promesa está ligada directamente a la presencia divina (“mi Padre le amará y yo también le amaré y me manifestaré a él” (¿y a ella?).

Secuencia III. En 14:25-26, la función del Espíritu para con la comunidad cristiana se define más explícitamente: la de explicar, abrir el entendimiento a las enseñanzas y obras de Dios. La obra del Espíritu no es tema exclusivo de Jn; Lc-Hch y las cartas paulinas, para citar algunos ejemplos, van también en esta línea.

En mi opinión de biblista (no soy teóloga sistemática), la discusión sobre prioridades de Dios Padre, de Jesús o del Espíritu o viceversa (“el Padre es mayor que –o más que– yo”, dice Jesús, 14:28) está mal planteada. La obra de Dios es de Dios; si Jesús es Dios (como lo afirma Jn 1:1 tan explícitamente) y si el Espíritu es el Espíritu Santo, enviado por Dios, entonces la pregunta no debe ser sobre prioridades o jerarquías (quién es mayor), sino sobre maneras en que Dios se hace presente y la comunidad es equipada para su misión.

Otro tema que surge de esta perícopa es: ¿por qué la revelación de Jesús está limitada o circunscripta a los/as creyentes (la pregunta de Tomás en el v. 22, que origina nuestra perícopa como respuesta)? Jesús no da una respuesta directa. Se podría deducir de sus palabras que no se

trata de que Dios limite su oferta; pero el mundo no está capacitado para verla y aprovecharla, está ciego a los dones de Dios y, por tanto, no puede recibirlos.

Pistas para la predicación

¿Por qué reflexionar sobre el Espíritu Santo sólo para Pentecostés? En Juan no hay un Pentecostés como el de Lucas. No nos olvidemos, de paso, que tampoco en los otros evangelios lo hay; que el leccionario, con su uso de los cuatro evangelios, no nos haga perder de vista la particularidad de cada uno de ellos.

Reflexionar sobre el Espíritu Santo es, en el fondo, reflexionar sobre las obras de Dios, la misión de Dios, el acercamiento de Dios al ser humano, desde siempre. Como no queremos establecer una jerarquía de Dios mayor que Jesús o Jesús mayor que el Espíritu, sugiero trabajar sobre la estructura propuesta por Segovia y mostrar cómo, en realidad, las promesas de las tres secuencias están interrelacionadas: el Espíritu de verdad/lealtad, la presencia de Jesús en la comunidad y la comprensión de los planes divinos, tanto acerca de Jesús cuanto acerca de nuestra misión hoy, gracias al Espíritu.

NOTA: Para esta meditación resultaron especialmente útiles: Rudolf Schnackenburg, *El Evangelio según San Juan, III* (Barcelona, Herder, 1980); Juan Mateos y Juan Barreto, *El Evangelio de Juan* (Madrid, Cristiandad, 1982); Fernando Segovia, *Love Relationships in the Johannine Tradition* (Society of Biblical Literature Dissertation Series 58; Chico, Scholars Press, 1982); Ernst Haenchen, *John 2* (Hermeneia; Filadelfia, Fortress, 1984); Xavier Léon-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan, III, Jn 13-17* (Salamanca, Sígueme, 1995).

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 14 – ISEDET

27.05.2001 – Séptimo Domingo de Pascua – René Krüger

Hechos 1:1-11; Salmo 47 o Salmo 93; Efesios 1:15-23; **Lucas 24:44-53**

Repaso exegético

Proponemos comenzar la lectura con el v. 37 y no recién con el 44, dado que Lc 24,44-53 es parte de la tercera unidad del gran tríptico pascual en que se divide el cap. 24 del EvLc. Estas tres partes son Lc 24,1-11; 12-35 y 36-53 (nótese que agregamos el v. 12 a la unidad de Emaús). Cada una de estas unidades tiene un centro estructural y teológico (v. 7; 18-27 y 44-46, respectivamente) formado por la afirmación de la necesidad de la Pasión y Resurrección de Jesús el Cristo. Esta necesidad es establecida por la referencia a las palabras del mismo Jesús y a la comprobación escriturística.

La segunda parte de cada unidad no es un mero reflejo simétrico de la primera, sino que el centro teológico opera una transformación del papel temático de los respectivos destinatarios: las mujeres, los dos discípulos de Emaús, los Once con los demás. Estos receptores son transformados en TESTIGOS, común denominador de los tres grupos, pero con un salto cualitativo en la última unidad por la instalación oficial en ese papel.

Las tres unidades se vinculan mediante un elemento de suspenso y expectativa. Entre la primera y la segunda se ubica el anuncio de las mujeres y la incredulidad e incluso burla de los discípulos, combinadas con la comprobación parcial hecha por Pedro (desaparición del cuerpo, sin encontrar al Resucitado) que deja las cosas en una ambigüedad polisémica (¿traslado?, ¿robo?, ¿misterio?, ¿resurrección?). Entre la segunda y la tercera se coloca el establecimiento de la verdad de la resurrección vinculada al sobresalto y la turbación provocados por la aparición del Resucitado.

Hay un progreso cualitativo en la superación de la incredulidad y el miedo. Los tres grupos son testigos “cada vez más complejos”. Las mujeres se convierten en anunciadoras por las palabras de los enviados de Dios; los discípulos de Emaús quedan convencidos por el encuentro personal; los apóstoles y demás son instituidos explícitamente en el papel de testigos, recibiendo la promesa de ser revestidos de poder de lo Alto.

Los centros teológico-estructurales de las unidades del tríptico pascual indican que el hecho de la resurrección de Jesucristo es la clave hermenéutica para la comprensión de las Escrituras. El AT por sí mismo no pudo llevar a los discípulos al reconocimiento de la necesidad del camino del Mesías a través de pasión y muerte a resurrección y gloria. Recién el Crucificado-Resucitado los condujo a la comprensión de las Escrituras. De esta manera, quedó establecido un círculo: del Resucitado al AT y del AT – gracias al Resucitado – a la aceptación de la relación Pasión-Resurrección. El Resucitado mismo inculca la necesidad divina de este camino (v. 44). Se trata de una necesidad histórico-salvífica, no de un mero cumplimiento mecánico de hechos profetizados en el pasado. Menos aún se trata de un supuesto “destino” trágico.

Gracias a las citas del AT, estas Escrituras del pueblo del pacto pasan a ser referencia básica para la Iglesia de todos los tiempos.

Lc 24 cierra la historia terrenal de Jesús, creando la necesaria expectativa en quienes leen el EvLc y se disponen a esperar el cumplimiento de la promesa del Padre y la realización del mandato misionero. Las lectoras y los lectores acompañan a los discípulos en su espera, alabando y bendiciendo a Dios por todo lo que él realizó hasta ahora. El Evangelio está por hacer eclosión en la proclamación misionera: todo el capítulo apunta al *anuncio*.

Los nuevos testigos reciben una misión concreta, formulada como *transferir el perdón de los pecados*. La predicación del arrepentimiento en el nombre de Jesucristo es el correspondiente programa narrativo adjunto de esta transferencia del perdón, cuyos destinatarios son todas las naciones. El programa narrativo formulado como *arrepentirse* exige buscar referencias intralucanas para esa práctica. ¿En qué se concreta el arrepentimiento? ¿Cómo se evidencia la vuelta a Dios? ¿En qué se expresa el cambio de vida? Al respecto, el Evangelio de Lucas contiene una serie de referencias, que apuntan hacia dos contenidos. Lc 3,8; 5,32; 15,7.10; 16,30 y 19-1-10 (como ejemplo sobresaliente) permiten establecer que *metánoia* (metanoia, en castellano) no es una actitud de tipo idealista, sino que se relaciona concretamente con renunciaciones en beneficio del prójimo necesitado y con el compartir de todos los dones para la vida. Por otra parte, *metánoia* apunta a cambios relacionales entre las personas, como lo indican los siguientes textos: Lc 13,3.5; 15,7.10 y 17,3.4.

La afirmación de la vida, la identificación con el Resucitado, la capacitación como testigos, no presupone determinadas condiciones de fe o esperanza por parte de quienes han de ser enviados. Presupone que el Resucitado mismo crea las condiciones necesarias para la fe y otorga la fuerza para el testimonio. Esta creación de fe y poder se instrumentaliza a través de varias vías. El Resucitado dirige su palabra a las personas, muestra sus heridas, establece las referencias a las Escrituras, come con los discípulos y les encomienda su mandato.

Lucas proyecta ante sus lectoras y lectores un nuevo mundo con posibilidades de fe, vida, cambio, relación, renuncia, compartir, solidaridad y aceptación mutua; todo ello ejercido en un discipulado comprometido en el testimonio del Resucitado. El mensaje peculiar del capítulo 24 consiste en este salto de la situación de muerte, derrota y frustración a la vida, el testimonio y la alegría del testimonio; el salto de la finitud de la muerte a la apertura del Reino de Dios. Lo que empezó con una tumba de un crucificado, culmina con la alabanza de Dios por el Señor glorificado.

La Ascensión es el punto culminante de la Pascua de Resurrección, pues marca definitivamente la glorificación de Jesucristo. En un primer momento de la historia de la Iglesia primitiva, se concebía que la Resurrección del Domingo de Pascua era correlativa a la glorificación o la exaltación. Este estado lo reflejan los Evangelios de Mateo y Juan y el final original de Marcos (16,1-8, sin los agregados del final largo y el final breve). Luego, en el transcurso del desarrollo de la fe, la piedad, la liturgia y la reflexión teológica, la fe en la exaltación del Señor encontró una mejor expresión en el relato de la Ascensión. Esta fase quedó plasmada en la doble obra lucana, el Evangelio (24,50-53) y los Hechos de los Apóstoles (1,1-12), como también en el final

largo agregado al Evangelio de Marcos (16,19), recibido como canónico por la Iglesia (hay un llamado “final breve”, que no fue aceptado por la Iglesia al formarse el canon del NT).

La Ascensión, formada literariamente en parte sobre la base del paradigma veterotestamentario de la ascensión de Elías según 2 Reyes 2 (hay más analogías bíblicas, apócrifas y extrabíblicas: la ascensión de Henoc, Moisés, Isaías, Apolonio de Tiana), es situada geográficamente en Betania, un sencillo pueblo en el Monte de los Olivos. Aquí tuvieron lugar varios acontecimientos importantes de la vida de Jesús. En Betania vivían sus amigos María, Marta y Lázaro; en Betania Jesús fue ungido; de allí emprendió la entrada triunfal a Jerusalén.

El relato contiene una peculiaridad: la bendición (mencionada dos veces) de los discípulos por Jesús. Se trataba de un gesto singular, empleado p. e. por el Sumo Sacerdote, y expresado mediante las manos levantadas y con una fórmula especial. La bendición era pronunciada por alguien que revestía autoridad sobre aquellas personas que estaban bajo esa autoridad. Esta bendición de los discípulos es única. Las demás bendiciones de Jesús, relatadas en los Evangelios, se aplican a los niños (Mc 10,16) y a alimentos. La bendición en Betania sintetiza la presencia de Dios en Jesús para los discípulos. Jesús se vincula a sí mismo con los discípulos y los liga a ellos con Dios.

En respuesta a esta bendición, los discípulos se postran y adoran a Jesús. Este gesto proviene del ritual del AT y de todo el Antiguo Cercano Oriente. La inclinación del cuerpo implica sumisión, y en la práctica bíblica se dirige a Dios. Es importante recordar que el EvLc emplea este término (*proskyneo*) sólo en el relato de la tentación de Jesús (4,7-8) y aquí en la Ascensión. Si en la tentación Jesús mismo había dejado establecido la validez del mandato veterotestamentario de que sólo se ha de adorar y servir a Dios, esta adoración de los discípulos expresa su fe en la divinidad de Jesús. (Mt 28,9 y 19 también hablan de la adoración del Resucitado). Eclesiástico 50 contiene un relato que podría haber brindado un patrón para esta escena de bendición y adoración.

El regreso de los discípulos a Jerusalén está marcado por una gran alegría. Este gozo transformó sus vidas y fue la constante que atraviesa su testimonio, tal como nos lo relata Lucas en Hechos. El texto sugiere varias causas de esta alegría: la superación de la muerte por la resurrección, la presencia del Señor, la comprensión de las Escrituras, la confirmación de que Jesús es el Mesías, la transformación de testigos, la promesa del Poder desde lo alto, el mandato de ser testigos.

El Evangelio concluye allí donde había empezado todo el relato (Lc 1,5): en el Templo. Este lugar congrega por ahora la primera comunidad cristiana, y aquí tiene su inicio el largo camino de la misión universal. Esta ubicación cültica remite al *Sitz im Leben* de todo el relato pascual lucano: la celebración cültica – semanal – de la Resurrección de Jesucristo.

Breve reflexión teológica

¿Qué lugar ocupa actualmente el día de la Ascensión en la vida cültica de las Iglesias? ¿Qué lugar le damos a la Ascensión en nuestra vida? Es una fiesta cristiana prácticamente borrada de los almanaques; y como siempre se trata de un jueves, pasa también desapercibida para un gran número de miembros de las Iglesias que a excepción de Viernes Santo y Navidad, suelen

vincular todas las celebraciones con los domingos. ¿Por qué no hacer el intento de recuperar la celebración de la Ascensión?

Con seguridad, más de una persona tendrá sus problemas con una lectura literal del relato de la Ascensión, pues le costará imaginarse un viaje estratosférico de Jesús. Pero recordemos lo indicado: el breve texto de la Ascensión es una forma “gráfica”, si se quiere, de expresar la exaltación de Jesús. Nos regala en forma de relato la fe en la glorificación de Jesús. Habla de la instalación o entronización de Jesús como Señor del universo. Es el “momento” en que Jesús recibe toda potestad en el cielo y en la tierra (como dice Mt 28,18). El Apóstol Pablo expresa exactamente lo mismo al decir con palabras muy profundas en Fil 2,9-10: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”. En otros textos, está implícita la Ascensión (Rom 8,24; Ef 1,20; Heb 1,3). 1 Tim 3,16 y 1 Pe 3,21-22, por su parte, hacen referencia a la Ascensión como una afirmación teológica.

Juntamente con esta imagen de la exaltación, recordemos que para Jesús mismo, el cielo, el Reino de Dios o de los cielos, es la participación plena en la vida de Dios. Es la comunión con Dios y las demás personas. Es una nueva relación entre el Creador y sus hijas e hijos. Entendido así, el cielo no es una “recompensa” para “gente que se porta bien”; ni es una promesa barata para quienes sufren desgracias. Menos aún es una escapatoria para no comprometerse con el prójimo y sus necesidades. El cielo comienza con la presencia del Señor en sus hijas e hijos por medio de su Espíritu. El cielo inicia con la vida con el Señor; junto con toda una comunidad de testigos que caminan en la misma dirección, y encontrará en Dios mismo su cumplimiento total.

Jesús convierte al pequeño grupo de seguidores y seguidoras en testigos, que deben dar testimonio de lo que Dios realizó en él; y que han de anunciarlo a él a todos los pueblos y personas, para que se conviertan y reciban el perdón de los pecados. La Ascensión es una especie de nexo entre la historia de Jesús y nuestra historia como creyentes y testigos. Por eso, Lucas presenta dos veces el mismo evento: una vez al final del Evangelio, cerrando la actuación terrenal de Jesús; y luego al comienzo de Hechos, dando inicio a la acción de sus seguidoras y seguidores.

El testimonio que Jesús nos encomienda no es una misión triunfalista. A lo largo de la historia, las campañas triunfalistas de la Iglesia fácilmente solían convertirse en cruzadas violentas, que más de una vez despreciaban la vida, la integridad física y psíquica de las personas; y que frecuentemente procedían a eliminar a quienes no se subyugaban.

El verdadero testimonio cristiano es fruto del amor a Jesús y de la serena convicción de que Jesús da sentido a nuestra vida. Esto se manifiesta de dos maneras complementarias, una tan importante y decisiva como la otra. Por un lado, están nuestras actitudes, mediante las cuales podemos expresar la solidaridad con el prójimo. Esto es un testimonio implícito, absolutamente necesario para corroborar nuestra fe. Por el otro, igualmente irremplazable es nuestro testimonio explícito. Es fundamental confesar a Jesús como Señor y Salvador y anunciar su señorío; e invitar a las personas a la fe, a la integración en la comunidad y al seguimiento.

En este sentido, la Ascensión es una fiesta de victoria, pero – reiterémoslo – no de una victoria triunfalista que se jacta de la futura destrucción de todos los enemigos de Cristo. La victoria de Cristo compromete a extender humildemente su señorío, empezando por nosotros mismos, por nuestras actitudes, acciones y palabras. Esto jamás fue fácil. Al contrario, toda vida cristiana y todo testimonio siempre tendrán reveses y fracasos. Pero ello no impide celebrar la Ascensión. El culto de Ascensión – celebrado el mismo día jueves de la Ascensión o el domingo siguiente – es un momento importante del camino con Cristo y hacia Cristo.

Pistas para la predicación

- Recuperemos la Ascensión como celebración festiva. Más allá de las preguntas acerca de una lectura literal o no del relato, se trata de un poderoso texto que nos hace mirar al Señor Resucitado y que nos quiere entusiasmar por él y para su misión. Esta mirada “hacia lo alto”, hacia Él, es sumamente necesaria en un momento en que toda la sociedad está en crisis, se cierran muchos horizontes, muchísimas personas son marginadas y excluidas de las posibilidades de una vida digna, y son cada vez más los que viven situaciones apremiantes.
- La Ascensión nos recuerda que Jesucristo es el Señor del universo; y, por consiguiente, Señor mío, Señor tuyo, Señor nuestro y Señor de toda la humanidad. La celebración de la Ascensión es parte de la lucha de Dios contra todos los poderes y mecanismos que producen desesperación, exclusión y muerte.
- El señorío de Jesucristo sobre nosotros ha de ser vivido en actitudes y acciones de solidaridad; y ha de ser anunciado con nuestra confesión y el anuncio explícito de Jesucristo.

Nota: Para este estudio se han utilizado diversos materiales de Josep RIUS-CAMPS, *El éxodo del hombre libre. Catequesis sobre el Evangelio de Lucas*, Córdoba/España, El Almendro, 1991; Walter GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Lukas*, Evangelische Verlagsanstalt, Berlín, 1984¹⁰; *Proclamar Libertação XIX y XXII*; Wolfgang WIEFEL, *Das Evangelium nach Lukas*, Evangelische Verlagsanstalt, Berlín, 1988.